

Encarnizado

Por Doctor Jato

Sus ojos a la luz de un viejo fluorescente parpadeante iban perdiendo el brillo característico de la vida, su pulso resultaba cada vez menos perceptible y su destino trágico se acercaba indefectiblemente. Existen seres en quienes convive la paradoja del “será” y el “pudo ser”. Llegan a este mundo y en su primer aliento de vida se exhala también el vaho de la muerte. Marquitos nació con múltiples malformaciones cardíacas, tan complejas que en ningún país tercermundista casos similares llegan a buen puerto. Para ahondar en su tragedia había nacido en Perú hace poco menos de un año y desde entonces su vida, que había superado hasta la expectativa más optimista, resultaba un milagro para algunos o la prolongación inútil de un suplicio del destino para otros.

Pero esta madrugada su vida se encontraba en manos del Dr. Condori, pediatra con apenas 3 años de egresado, con una pasión inconmensurable para afrontar casos que otros daban por perdidos. Y esta misma pasión hacía que no se le acalambraran fácilmente las manos a pesar de llevar más de 30 minutos presionando de forma intermitente el dispositivo de bolsa autoinflable sobre la boca y nariz del pequeño infortunado lo que aún permitía que sus vías aéreas recibieran bocanadas de oxígeno que sus endebles y fatigados músculos respiratorios ya no podían hacer de forma espontánea.

No puede asegurarse que Marquitos mostrara algún signo o señal de querer aferrarse a la vida, pero Condori creía verlos y seguía presionando el dispositivo, aunque las miradas enjuiciadoras de enfermeras y residentes hacían notar que su lucha por momentos se tornaba solitaria. Pero él no era consciente de esto, por lo que continuaba dando órdenes: “... bolo de 100 mililitros de cloruro enfermera”, “...canalicen una segunda vía para pasarle paquete globular”, “... cuente la frecuencia cardíaca Dra. residente”. No

cejaría en su intento por tratar de cambiar el destino de Marquitos. Debía demostrar que la tasa de supervivencia de menos de 10% al año para pacientes con la enfermedad de Marquitos era simplemente una fría cifra en los estudios epidemiológicos que se podía contradecir. Un interno de medicina mandado a llamar desde la emergencia llegó para apoyar en el “bolseo” de marquitos. Condori al fin con las manos libres y aun sin ver las reacciones que provocaba su actitud en el personal a su alrededor decidió ir él mismo a la UCI para lograr el traslado de Marquitos, ya que sólo una estancia en ese servicio podía realmente mejorar, aunque sea una décima, su pronóstico actual.

Afanoso y con la respiración acelerada llegó al sexto piso, lugar de la Unidad de Cuidados Intensivos y presentó el caso al Dr. Revolledo, médico uciólogo con más de 30 años de experiencia en atender niños liquidados en sus pronósticos por otras especialidades, quien escucha con cierta displicencia al médico más joven. Un bostezo nada disimulado hizo prever a Condori que Marquitos no tendría esa mínima esperanza que le daría un ventilador mecánico y un catéter venoso central. Aun sin llegar a terminar de presentar el caso, Revolledo le interrumpe:

- Dr. Condori, conozco el caso. Usted sabe que la UCI es para niños recuperables, ese paciente no puede entrar aquí.
- Con el respeto que merece su opinión Doctor. - replica Condori alzando la voz, pero gesticulando en busca de alguna muestra de piedad - ese niño no resistirá si no es conectado a un ventilador mecánico, que solo hay en su servicio.
- Así es mi joven amigo, Usted haga lo básico, pero no prolongue más el asunto. Además, me parece que usted no ha hablado con la madre. Espero que logre hacerlo, verá que se le facilitará su toma de decisión.

Condori no pudo rebatir ese último argumento. Pensativo, casi derrotado bajó las escaleras y mientras regresaba a la habitación de Marquitos meditó en que una de las desventajas de hacer guardias atendiendo las emergencias internas del hospital durante las madrugadas era que no conocía a profundidad a sus pacientes. Él no era quien elaboraba la historia clínica, no era el primero en hablar con los padres, ni quien les daba el primer aliento de esperanza o de resignación al llegar a este hospital. El recién conocía a los pacientes cuando estos presentaban alguna descompensación o emergencia durante la noche o madrugada. En el caso de Marquitos había sido llamado porque presentaba su segundo paro cardiorrespiratorio en la misma semana. Como puede suponerse, solo sabía a grandes rasgos el diagnóstico y la terapéutica inicial dada por los médicos tratantes de la mañana; pero de los padres no sabía nada, más allá que como es esperable a esas horas de la madrugada, no se encontraban presentes.

Al retornar al lecho encontró al interno que continuaba incansable apretando y soltando la bolsa autoinflable, a la enfermera alistando el paquete globular O+ para la transfusión y a la médico residente supervisando el asunto durante los pocos minutos que se ausentó. Se volteó hacía esta última, quien escribía alguna nota en la historia clínica, y le pidió que le entregara el documento. Apenas tuvo el fajo de papeles atrapado entre dos láminas de pesado aluminio sobre sus manos, se percató que en la contracara estaba pegado un número telefónico. Condori, como se podrá suponer a estas alturas, era un hombre habitualmente tenaz, pero sobre todo razonable; comprendió que, sin cama en UCI, esta sería la última madrugada de Marquitos, así que merecía un beso de despedida de su madre y que esta lo tenga en brazos durante el suspiro final. Entonces marcó el número. Luego de lo que parecía una espera eterna al otro lado descolgaron, pero a partir de aquí la situación empezaría a salirse de lo habitual. Condori esperaba el típico y esperable: “aló” con voz entrecortada y desgarradora que caracterizaba a los padres y

madres de niños desahuciados que reciben una llamada a esas horas. Casi siempre las malas noticias se dan de madrugada, y Condori se había llegado a habituar, pero no a acostumbrar a esta rutina; le seguía pareciendo una de las cosas más difíciles de su trabajo. Pero en esta ocasión descolgaron y ninguna palabra se escuchó. Al otro lado permanecían en silencio, esperando tal vez a que sea Condori el primero en decir algo. Esto le hizo sentir incómodo en un principio y a medida que pasaban los segundos en medio de ese silencio circundado por las bulliciosas alarmas de los monitores, la incomodidad se transformó en perturbación y desconcierto. El aire helado que ingresaba por el ventanal le provocaba escalofríos tan intensos que alteraban aún más sus pensamientos y no le permitían hilvanar las palabras más adecuadas para empezar a comunicar las trágicas noticias. Finalmente se decidió:

- Aló, Usted es la mamá del Paciente Vílchez Flores
- Así es - respondió finalmente una voz seria sin el atisbo de la esperable modorra madrugadora ni la preocupación de alguien que está a punto de perder lo más importante en su vida-
- Bueno señora... verá... - Condori titubea como nunca, la voz al otro lado del teléfono suena tan cargada de frialdad, tan exenta de piedad y desprolija de lo que conocemos como instinto maternal - ... Marquitos no se encuentra bien, sería bueno que usted lo acompañara porque...
- Estaré ahí en poco tiempo para llevármelo - le interrumpe la voz y no le permite terminar su explicación y casi de inmediato la llamada se corta-

Dichas palabras permanecen en la cabeza de Condori resonando más de una vez. Qué acaba de pasar se pregunta y no termina de entender. Busca una interpretación lógica para la reacción de esa madre y por momentos la encuentra: tal vez la resignación que arrastra tanto tiempo la ha preparado para asumir con fría rapidez la llegada de este día o

tal vez, el impacto de la noticia le ha generado un shock que le ha hecho entender algo que Condori no quiso decir, sino cómo se explica que finalice diciendo que se lo llevará. Ya en alguna ocasión ha enfrentado madres con ataques psicóticos que al tener noticias del empeoramiento de sus pequeños han pretendido sacarlos del hospital de madrugada, desconectándolos del ventilador y arrancándoles ellas mismas los catéteres venosos y sondas nasogástricas, asegurando que los llevaran a otro hospital o clínica donde les han dicho que algún otro especialista los va a sanar o al brujo del barrio que nunca da ningún caso por perdido. Pero esta madre no encaja ni en uno ni en lo otro. Condori ha interpretado su frialdad, su distanciamiento de otra forma. Ha quedado desconcertado, decepcionado. Empieza a cuestionarse su decisión inicial con respecto a lo que hará con el niño en las siguientes horas (o minutos tal vez). Los conceptos de bioética se encuentran en conflicto dentro de los recónditos lechos morales de su conciencia, pues le salta una duda: una madre así, ¿podría haberle dado una muestra de cariño a ese niño alguna vez? Merece partir, un alma inocente que llegó a este mundo con la sentencia de muerte bajo el brazo sin haber conocido nunca el amor verdadero?, acaso no basta esa necesidad para hacerle vivir un mes más, un día más?

Sus cavilaciones lo han vuelto a ensimismar, no ha reparado en los ojos de perplejidad a su alrededor. La residente con ojos de preocupación finalmente se atreve y se acerca. Está por decirle algo, pero un nuevo pitido estruendoso del monitor, junto con números en rojo brillantes y parpadeantes la interrumpen; un nuevo paro cardiorrespiratorio en curso. Condori se libra de sus meditaciones absurdas, los labios de Marquitos que ahora rebosan un violeta opaco que recuerdan los pétalos marchitos de una lobelia que Dios dejó crecer en el árido desierto y encargó su riego a un jardinero que finalmente se cansó de acudir día tras día para regarla y la abandonó a su suerte, devuelven a Condori a la realidad y aclaran sus percepciones y decisiones: Marquitos no

merece la indiferencia de aquella madre, Marquitos merece vivir al menos hasta que conozca el cariño verdadero que esa madre ahora le negaba. La voz gruesa de Condori retumba en la habitación pidiendo un laringoscopio y un tubo endotraqueal para proceder con la intubación. Una sonda de aspiración extrae la espesa saliva y le permite abrirse paso con el laringoscopio entre las pequeñas fauces del infortunado en busca de la glotis para introducir el conducto de la vida. A su vista resaltan finalmente las inmóviles cuerdas vocales, cuya forma le recuerdan un par de cortinas entreabiertas en su parte inferior que han dejado de agitarse espléndidamente debido a que la suave brisa del viento dejó de soplar entre ellas. Ahí es el lugar por donde pasará el tubo endotraqueal y se burlará a la muerte esta noche o sabe Dios hasta cuándo. Pero una voz le estremece, y lo desconcentra.

- “Déjelo, deje a mi hijo en paz, no le permito que haga eso-

No puede ser, no puede haber llegado aquí tan rápido, piensa. No levanta la mirada, no quiere ver el rostro que acompaña a esa voz, no quiere perder de vista las cuerdas vocales para no fallar en su procedimiento vital.

- ¡Enfermera ordene a esa señora que salga de la habitación!, ¡sáquenla!

No obtiene respuesta alguna. Mantiene la visión central aún en el interior de aquella laringe, pero el remanente de su visión periférica le hace percibir que la enfermera a quien se dirigió se aleja de él. Peor aún, el tubo que intenta pasar a través de esa laringe es muy grueso para ese paciente tan diminuto. Se enfurece y pide uno de menor calibre, la misma enfermera responde con una voz que se entremezcla con el terror: “...le di, le... di el número 3 hace un momento, sólo quedan 4 y 4,5.... “. No termina de hablar, la voz se le tuerce y se aleja aún más. Condori trata de resolver el asunto, el tubo no entrará fácilmente; pero le preocupa y angustia más percibir la cercanía de esa madre tan indolente y la forma tan autoritaria y atrevida de hablarle lo sigue desconcentrando. Sabe que enfermería conoce bien sus labores, no deberían permitir la presencia de ningún

padre o madre mientras se realizan estas maniobras. Meter un tubo a la garganta o clavar una aguja gigantesca luego de inacabables intentos en el cuello o en alguno de los brazos, mientras se le comprime el pecho hasta el punto de casi quebrar las costillas son espectáculos sólo tolerables para la vista, espíritu y estómago del personal de salud más experimentado. Pero por algún motivo la presencia de esa madre es cercana, es perturbadoramente acosadora; la preocupación y el nerviosismo lo desborda. Qué está sucediendo se pregunta... por qué la dejaron entrar, por qué no me hacen caso, por qué se alejan de mí. Está a punto de levantar la mirada y nuevamente aquella voz

- Deje a mi hijo Doctor, tengo listas sus cosas para llevármelo.
- Cállese señora, ¿a dónde diablos se lo va a llevar a estas horas? - Condori estalla en cólera, responde con rabia, no entiende porque esa mujer sigue ahí, tan cerca de él sin que a alguien más en la sala le importe- enfermera le he dicho que saque a la madre de aquí, llamen a seguridad.

La desconcentración es mayor, ha tenido que levantar la mirada y ha visto el terror en el rostro de las enfermeras, el llanto descontrolado de más de una y el rostro de perplejidad de la residente y el interno. El tubo no ingresa, resultó muy grueso, pero él culpa a los seres inertes que lo rodean, que no hicieron nada por sacar de la habitación a aquella mujer y se limitaron a mantenerse absortos, llorar y alejarse. Cobardes, piensa en sus fueros internos. La angustia se apodera de su ser, todo se echó a perder. A los pocos segundos el monitor muestra una línea horizontal donde debería haber una línea intermitente plagada de picos y valles, Marquitos mira fijamente hacia el viejo fluorescente parpadeante del techo, con el brillo de la vida completamente apagado en sus ojos. El ofuscado y confundido médico finalmente busca a la madre y no está alrededor, las enfermeras se aterran y se alejan aún más, él no las mira, las desprecia, cuando sale de la habitación tampoco está la madre ahí afuera. No entiende nada, no entiendo nada. Vuelve a entrar a la habitación, ya la residente cerró los ojos de Marquitos

- ¿Dónde está la madre? - vuelve a preguntar y mira a todos a su alrededor esperando de alguien una respuesta -

Se vuelve a escuchar el llanto de una enfermera joven, finalmente la jefa de ellas, la más experimentada se le acerca

- No ha habido nadie más que nosotros en esta habitación, sus gritos han asustado a mis chicas. Créame que informaré de esto a su jefe inmediato...

- Pero la mamá de Marquitos estuvo gritando...

- Cuál mamá ni que nada, acaso no leyó en la historia, este chico proviene de albergue, no se sabe de su madre desde que lo abandonó en el hospital a los 10 días de nacido.

- Pero el número de celular, yo hablé con ella...

- No hay ningún número de celular en la historia clínica Doctor, ya es suficiente.

Sentado en una banca de la rotonda del hospital, con ambos codos apoyados en las rodillas, cabizbajo y reflexivo, Condori comienza a ver la salida del alba, mientras observa que sale del ascensor la camilla que lleva un cuerpo inerte envuelto en una diminuta sábana rumbo al mortuario. Aún tiembla de miedo, aun las brisas heladas que recorren el hospital esa madrugada le hacen creer que esa voz puede volver a retumbar en sus oídos. Se mantiene despierto pero una ola de somnolencia lo empieza a embargar - o eso cree- cuando junto a la camilla observa la silueta borrosa, difuminada en los detalles, pero lo suficientemente claros en contornos para distinguir a una mujer. La imagen le confunde, lleva algo en brazos, un bebe tal vez. Da unos pasos y se aleja, ahora un niño la acompaña; está aprendiendo a caminar y se tambalea, se sostiene de la mano de la mujer en un último intento para no caer -es el bebé de hace unos segundos-; unos metros más allá y ya es capaz de correr por sí sólo. El niño ha crecido y ha conseguido en ese otro mundo lo que jamás habría podido en este, se le ve feliz y termina de

desaparecer entre las banquetas del hospital y se va con ella. No es una mala madre, piensa, se lo lleva a un mejor lugar, tal como prometió. Las maderas de la vieja banca crujen cuando una segunda figura se sienta en el otro extremo.

- He notado que miras fijamente en esa dirección ya varios minutos, dime... ¿Qué aspecto tiene?

- Es como una sombra entre las sombras, debo estar desvariando.

- Sé que debes estar bastante confundido Condori. Te dije que hablar con la madre te aclararía el panorama, pero creo que no me hiciste caso y osaste en contradecirla - la voz de Revolledo esta vez era afable y hasta compasiva- sí que asustaste a esas enfermeras, la jefa quiere que no te renueven el contrato, pero no te preocupes, se lo que te ha pasado. Nunca se sabe cuándo será la primera vez que escuches esa voz, ya somos dos en este hospital. Aun así, yo nunca la he visto, considérate un privilegiado. El otro que la vio no acabó muy bien, pero ayy... que acabó mal el pobre... pero que eso no te asuste, ese tipo sí que era terco, y le encantaba contradecirla...

- Yo también luché contra ella.

- Uhmm supongo que sí; todos lo hacemos la primera vez. Pero debes haber hecho algo al final por lo cual decidió perdonarte. En fin, no será la primera vez. No vuelvas a retarla, no podemos hacer nada contra ella, sobre todo...cuando ya eligió, cuando ya decidió.

Revolledo levantó su pesado trasero de la banca, le da una palmada en el hombro y se aleja. Condori permanecerá un par de horas más sentado en la banca. Las palabras del viejo médico podrían ser su único salvavidas de un ingreso casi seguro a un manicomio y se tenía que aferrar a cualquier atisbo de lógica en medio de aquel mar de insensatez que había constituido ese turno que se extinguía lentamente. No había sido el único que

había tenido una charla con aquella madre entonces pensó. En medio de su estridente discurrir e insomnio salpicado con arrebatos de profundo sopor, agitó casualmente las manos dentro de sus prendas y de un bolsillo de su chaqueta extrajo un tubo para intubación número 3. Lo observó con detenimiento y con el poco asombro que aún le quedaba meditó: la enfermera tenía razón. Sí se lo dieron. ¿Por qué lo guardó? ... simplemente no lo recordaba. ¿Lo hizo a propósito? Ya no le quedaban fuerzas para buscar una explicación. Lo que era cierto es que de alguna forma él mismo precipitó la partida de Marquito al tener oculto ese dispositivo. La idea al final no le horrorizó, tal vez ese error lo salvó de la venganza de la madre; o ese desliz finalmente permitió que Marquito creciera y terminará corriendo feliz alrededor de las bancas del hospital esa fría madrugada.